

sobre todo lo que se puede pensar, harta merced me habeis hecho en haberme criado á tu imágen y semejanza; mas tu infinita caridad quiso levantarme á otra semejanza muy mayor, para darme mayores muestras de amor. Ya no me admiraré, como David, porque me diste un ser natural, superior á todas las cosas de la tierra, pues te has dignado levantarme á un ser sobrenatural, que corre á las parejas con lo que hay sobre el cielo. En el primero me hiciste poco menor que los Ángeles (1). En este segundo me has hecho igual con ellos y semejante á ti, Criador y santificador de todos los Santos, para que te ame, y santifique tu nombre en la tierra, como ellos le santifican en el cielo.

3. De esta primera propiedad de la perfecta amistad nace la segunda, que es querer para su amigo el ser y la vida, y todos los bienes que puede darle (2), comunicándoselos liberalmente, por el amor que le tiene, en lo cual es excelentísimo nuestro gran amigo Dios; porque demás de querernos bien, y hacernos bien, dándonos el ser y vida natural, quiere para nosotros el ser sobrenatural, la vida de la gracia y la vida eterna de la gloria, con los innumerables bienes que la acompañan, hasta decirnos: *Omnia mea tua sunt; todas mis cosas son tuyas* (3), porque *amicorum omnia sunt communia*, á los amigos todos los bienes son comunes; lo que Dios tiene, para sus amigos lo quiere. Ó Amado y amigo nuestro (4), ¡cuán bien cumples esta ley de la perfecta amistad, haciendo que tus propios bienes sean comunes á tus amigos! ¿Cómo podré yo cumplirla, pues no tengo bienes propios para hacerlos contigo comunes? Todas las cosas son tuyas (5), y lo que de tu mano he recibido, esto te volveré; mi propia voluntad y propio amor convertiré en comun, haciendo todo lo que tú quisieres, y amando lo que tú amares, no queriendo cosa propia para mí, sino que todo sea para tí.

3. De aquí procede la tercera propiedad de la perfecta amistad, que es la union, por razon de la cual se dice, que el amigo es otro yo (6), y que los amigos son una alma en dos cuerpos, y que el alma mas está donde ama que donde anima, y por esto desean grandemente estar juntos, y conversar uno con otro. Esto resplandece mucho mas en la amistad de nuestro Dios, el cual nos hace por el amor un mismo espíritu consigo (7), y nos tiene dentro de sí, como la niñeta está dentro del ojo (8), y tiene por regalo estar con los hi-

(1) Psalm. viii, 7. — (2) D. Thom. 2, 2, q. 27, art. 5. — (3) Luc. xv, 31.

(4) Cant. v, 16. — (5) I Par. xxix, 14. — (6) D. Thom. 1, 2, q. 20, art. 1 et 2; D. Aug. IV Confes. c. 6. — (7) I Cor. vi, 17. — (8) Zach. ii, 8.

jos de los hombres (1), y conversar familiarmente con ellos, y les da parte de sus secretos, segun aquello que dijo á sus Apóstoles: *Ya no os llamaré siervos, porque el siervo no sabe lo que hace su señor: yo os he llamado y tenido por amigos, porque todas las cosas que oí de mi Padre os las he manifestado* (2); y finalmente los llevará á su cielo, adonde será la comunicacion mas estrecha, porque continuamente estarán en su presencia, metidos dentro de su divinidad, viéndole cara á cara, conservando con él su íntima familiaridad.

5. Ó Dios amantísimo, ahora veo con cuánta razon te llamas esposo de nuestras almas, y á ellas las llamas esposas tuyas, pues eres un espíritu y un corazón con ellas, tratándolas con tan tierno amor, cual nunca tuvo esposo á su querida esposa. ¿Quién creyera tal modo de amor, si tú no le revelarás? Y ¿quién podrá entender tal modo de conversacion, si tú no le das parte de ella? Ó amado mio, ¿quién es el hombre, porque así le engrandesces? ó ¿por qué pones en él tu corazón (3)? Pon, Señor, mi corazón en el tuyo, y muéstrame la grandeza de este amor, haciéndome una cosa contigo, para que te ame como me amas, y sea tambien la amistad perfecta de mi parte, como es perfectísima de la tuya. De estas tres propiedades he de sacar un deseo grande de mostrar la amistad y caridad que tengo á Dios nuestro Señor en tener otra tal por su amor á mis prójimos, igualándome y humanándome con ellos, y levantándolos del modo que yo pudiere, comunicando con ellos de mis bienes corporales y espirituales, haciéndome uno con todos, y conversando con ellos amorosamente á fin de que amen á Dios, para que tenga muchos amigos en quien sea glorificado por todos los siglos. Amen.

MEDITACION X.

DE CUATRO EXCELENCIAS SINGULARÍSIMAS QUE TIENE LA INFINITA CARIDAD Y AMISTAD DE DIOS CON LOS HOMBRES, Y DEL MODO CON QUE LAS PODEMOS IMITAR.

—Las excelencias de la caridad de Dios para con los hombres que hasta aquí hemos puesto, tienen fundamento en las propiedades de la perfecta amistad que suele haber entre los hombres. Ahora pondremos otras singularísimas que no se pueden hallar, si no es en la de Dios, la cual como es infinita de su parte, así es singular, sin que haya otra que le llegue, las cuales se reducen á las cuatro que el

(1) Prov. viii, 31. — (2) Joan. xiii, 14. — (3) Job, vii, 17.

apóstol san Pablo llama *longitud, latitud, alteza y profundidad* (1). La longitud es su duracion eterna sin principio ni fin. La latitud ó anchura es su dilatacion á todos los hombres que quieren tener amistad con él. La alteza es la soberanía de los bienes celestiales á que les levanta. La profundidad es los secretos que hay en esta amistad, tales que ninguno puede ahondarlos: y aunque algo de esto queda dicho en las meditaciones precedentes, en esta se irá ponderando mas por los puntos siguientes.—

PUNTO PRIMERO.—*De la eternidad del amor de Dios.*—1. La primera excelencia singular de la caridad de Dios para con los hombres es ser eterna. Esta eternidad consiste en ser tan antigua como el mismo Dios, el cual desde su eternidad se resolvió en amar á los hombres, y trabar amistad con ellos, y no solamente á bulto y en comun, sino en particular, conociendo á cada uno, y queriendo, cuanto es de su parte, darle todos los bienes de gracia y gloria en que se funda esta amistad; aunque mas particularmente amó á los que llamamos predestinados. De suerte, que yo puedo aplicar á mí mismo aquello que dijo Dios por Jeremías: *In caritate perpetua dilexi te, con caridad perpetua te amé* (2); como si dijera, desde que soy Dios te amo: desde que me amo á mí, te amo á tí. Tan eterno es el amor que te tengo, cuan eterno soy yo, y el amor con que me amo. Ó Amador eterno, ¿quién no te amará sin cesar? ¡Oh quién te hubiera amado siempre desde que fui hombre, pues tú me amaste desde que eres Dios! Ó alma mia, no dilates el amar á Dios, porque para luego es tarde; comienza luego, y ama á quien siempre te amó. *Ama amorem ab æterno te amantem: ama al infinito amor, que desde la eternidad se emplea en amarte.* Si el amigo para ser bueno y seguro ha de ser antiguo, ¿qué amigo puede haber mas antiguo que el eterno? Toma el consejo del Sabio que dice: *No dejes al amigo antiguo, porque el nuevo no será semejante á él* (3); no dejes la amistad de Dios por la de los hombres, porque ésta no será semejante á aquella, y cuanto excede lo eterno á lo temporal, tanto excede aquella á ésta. Estos y otros propósitos y afectos semejantes he de sacar de esta consideracion, dando gracias á nuestro Señor porque me amó *ab æterno*, deseando haberle yo siempre amado desde que tuve uso de razon, fiándome de amigo tan antiguo, doliéndome de haberle dejado por trabar nuevas amistades con las criaturas, y proponiendo de nunca dejarle.

2. De esta consideracion he de subir á ponderar, como la cari-

(1) Ephes. iii, 18. — (2) C. xxxi, 3. — (3) Eccli. ix, 14.

dad y amor de Dios siempre es primero que el nuestro, y nos gana por la mano, previniéndonos en amor, conforme á lo que dice san Juan: *En esto se descubrió la caridad, porque no amamos nosotros primero á Dios, sino él primero nos amó* (1); que es decir, la fineza de la caridad de Dios se descubre mucho, en que nos ama primero que le amemos, porque esto es señal que nos ama, no por su interés ni por nuestros merecimientos, sino de gracia y solamente por ser bueno y para solicitar nuestro amor con el suyo, y provocarnos al retorno de amor. Y así concluye san Juan: *Nos ergo diligamus Deum, quia ipse prior dilexit nos.* Luego justo es que nosotros amemos á Dios, porque él primero nos amó. Ó alma mia, si el amar mueve á ser amado, muévate tal amor, y de tal Dios, para amar á quien así te ama y se anticipa en el amor. Ó Amador eterno, si fuera posible que yo te amara primero que tú me amaras, fuera muy justo que mi amor solicitara el tuyo, suplicándote que te dignaras de amarme; mas pues tu amor solicita el mio, desde luego te le ofrezco con entrañable deseo de amarte, porque me amas, y de amarte cada dia mas, para que tú me ames mas, aumentando en mí los dones del amor.

3. Luego ponderaré, lo tercero, como la caridad de Dios es eterna cuanto á la duracion que está por venir con grande estabilidad y firmeza por toda la eternidad. De suerte, que como su caridad no tuvo principio, así, cuanto es de su parte, nunca tendrá fin para con los hombres; y por consiguiente puedo considerar, como este gran Dios y eterno Amador siempre me amó y me ama, y me amará mientras fuere Dios, si por mí no queda, y su amor, como la misericordia que de él procede, es *ab æterno in æternum* (2), sin que haya cosa criada que pueda quitar de Dios este amor; y de este modo se puede entender lo que dice el Apóstol: *¿Quién nos apartará de la caridad de Cristo* (3)? esto es, ¿quién podrá hacer que nos deje Dios de amar por Cristo? Porque en todos los trabajos y tribulaciones vencemos por el que nos ama, y por la virtud que en nosotros pone el amor que nos tiene.

4. Y pasa tan adelante la estabilidad de este amor, que cuando nosotros por nuestra culpa rompemos esta amistad, y nos hacemos enemigos suyos, él con su infinita caridad siempre está firme en desear que volvamos á su amistad, y está aparejado para admitirnos de nuevo en su gracia, olvidándose de la injuria, si le pedimos perdón de ella, diciendo aquello de Jeremías: *Tú has fornicado con mu-*

(1) Joan. iv, 9. — (2) Psalm. cii, 16. — (3) Rom. viii, 35; Tolet. ibi.

chos amadores, pero vuélvete á mi, que yo te recibiré (1). Ó Amador eterno é inmutable, dame un amor semejante al tuyo, del cual ninguna cosa me pueda apartar. Si tú no apartas de mí tu amor, ¿quién podrá apartar de tí el mio? ¿Por ventura la tribulacion, ó la angustia, ó la hambre, ó el cuchillo (2)? Nada de esto será poderoso para ello, porque el amor que tú me dieras, fácilmente lo vencerá todo, en virtud del que tú me tienes. Ni las muchas aguas ni los copiosos rios podrán apagar mi caridad (3), si anda junta con la tuya, porque la tuya es fuego infinito que en un punto las consumirá. No permitas, Amador eterno, que yo corte el hilo de tu amistad por mi culpa, y si como flaco le cortare, tu amor me despierte y me prevenga para que me vuelva á tí; cumple en mí la inclinacion de la caridad, que es nunca desfallecer (4), para que conservándola en esta vida temporal, dure para siempre en la vida eterna. Amen.

PUNTO SEGUNDO.—*De la extension del amor de Dios.*—1. La segunda excelencia de la caridad de Dios es ser anchísima con infinita anchura, abrazando, cuanto es de su parte, todos los hombres de cualquier estado y condicion que sean, deseando admitir á todos á su gracia y amistad, sin excluir á ninguno que quiera ser admitido; cumpliéndose tambien en esto lo que dijo el Sabio, hablando con Dios: *Disimulas los pecados de los hombres por la penitencia, porque amas todas las cosas que son, y ninguna cosa aborreciste de las que hiciste* (5); y por consiguiente, á ningun hombre aborreciste como á enemigo, si no es por la culpa que no ha borrado por la penitencia (6). Y aunque es verdad que con mas especial amor ama á los predestinados, y en este sentido se dice aborrecer á los réprobos, porque no los amó tanto como á ellos; pero absolutamente á todos, cuanto es de su parte, ama con infinita caridad, deseando que todos se salven (7), y que todos sean amigos suyos, y no cesa de hacerles grandes caricias de amor, como las hizo con Judas á fin de reducirlos á su amistad, echando brasas de beneficios sobre la cabeza de su enemigo (8), para convertirle en amigo. Y así con amor de padre hizo que su Hijo el Sol de justicia naciese para buenos y malos, y que la lluvia de su doctrina se ofreciese á justos y pecadores, y el rocío de los dones celestiales descende para todos cuantos quisieren recibirlos (9). ¡Oh inmensidad de la caridad de Dios, que á todos abrazas y nunca te llenas, porque siempre tienes an-

(1) C. III, 1. — (2) Rom. VIII, 35. — (3) Cant. VIII, 7. — (4) I Cor. XIII, 8.

(5) Sap. XI, 24. — (6) Rom. IX, 13. — (7) I Tim. II, 4.

(8) Prov. XV, 22; Rom. XII, 20. — (9) Matth. V, 43.

chura para recibir muchos mas! Ó alma mia, alégrate de tan inmensa caridad, confiando que tendrás parte en ella. Ó Amador inmenso, pues tan anchos senos tiene tan infinita caridad, admite dentro de ellos á todos los mortales (1); cierra, si es posible, los senos del infierno, donde eres aborrecido, para que ninguno baje á ellos, y abre los senos del cielo, donde eres amado, para que todos suban á ocuparse para siempre en tu amor. Amen.

2. Lo segundo, ponderaré otra cosa singularísima en esta caridad y amistad de Dios, que aunque se extiende á muy muchos, es como si fuese con muy pocos, y así no deja de ser perfectísima. Acá entre los hombres la estrecha amistad, como dijo Aristóteles, ha de ser entre pocos (2), porque es cosa rara hallar muchos amigos fieles de quien poderse fiar; pero Dios nuestro Señor con su infinita caridad traba amistad con muchos, porque él los hace amigos fieles, y les da la verdadera caridad; y aunque los muy queridos sean muchos, trata con tanta familiaridad con cada uno, como si fuera solo; de modo que la muchedumbre de amigos no quita la familiar comunicacion con ellos, como se ve en el cielo, donde está muy perfecta esta amistad. Y á esta causa en el libro de los Cantares, habiendo contado nuestro Señor tres suertes de almas que viven en su compañía, concluye: *Una es mi paloma, y mi perfecta* (3): que es decir, á todas juntas que hacen una Iglesia, las amo como si fueran una, y para un fin de su eterna bienaventuranza y de mi gloria. Ó Amado mio, gracias te doy por esta voluntad que tienes de tener amistad con todos y con cada uno tan estrecha como si fuera solo. ¡Oh si mi alma fuese tan dichosa que pudiese ser una de estas esposas tuyas, á quien dijiste: *Una est columba mea, perfecta mea, una est matris suæ: una es mi paloma, y mi perfecta, una para su madre!* Hazme paloma tuya por la inocencia, y perfecta tuya por la caridad, que es el vínculo de la perfeccion (4), y concédeme que te ame en esta Iglesia de la tierra, como te ama nuestra madre la Iglesia del cielo.

3. De estas dos ponderaciones he de sacar dos propósitos en que mi caridad ha de imitar la caridad de Dios.—El primero, ha de ser de no aborrecer á ninguno, ni tenerle por enemigo, sino amar á todos, ensanchando los senos de la caridad, para que quepan en ellos todos los hombres buenos y malos, perfectos é imperfectos, haciendo á todos obras de amigo en lo que yo pudiere.—El segundo propósito es, reducir el amor de todos á uno solo, que es Dios; de modo, que aunque ame á muchos, no los ame como muchos, por res-

(1) Isai. V, 45. — (2) III Eth. C. 5. — (3) Cant. VI, 8. — (4) Colos. III, 14.

petos particulares de cada uno, sino principalmente por un solo motivo, y por un solo amigo, que es Dios, cuyos son todos.

PUNTO TERCERO.—*De la alteza del amor de Dios.*—1. La tercera excelencia es la alteza de la divina caridad, la cual se descubre en la alteza de los beneficios y dones que de ella proceden, los cuales son tan altos que no pueden ser mayores, y descubren que su alteza y sublimidad es infinita. Lo primero, porque nos levanta á la alteza de la soberana dignidad de hijos de Dios, y herederos de su reino; por lo cual dijo san Juan: *Videte qualem caritatem dedit nobis Pater, ut filii Dei nominemur, et simus: Mirad qué caridad nos dió el Padre, que nos llamemos hijos de Dios y lo seamos* (1), como si dijera: Contemplad y ponderad la alteza á donde llegó la caridad de Dios, los admirables afectos y efectos que brotó, pues nos levantó á ser hijos de Dios, con todas las excelencias que han de tener hijos de tal Padre. Y cuáles sean estas, no es posible conocerlo en esta vida; y así añade: *Ahora somos hijos de Dios, pero no se descubre lo que seremos: cuando se descubriere, seremos semejantes á él, porque le veremos como es.* Y así en el cielo se descubre la soberana alteza de esta dignidad de hijos, y de la caridad de Dios, que nos levantó á ella. Gracias te doy, Padre amantísimo, por esta caridad que me has mostrado en tomarme por hijo: esclarece los ojos de mi alma, para que conozca cuál sea esta caridad, y vestido de ella te ame como á Padre, procurando serte semejante en el amor, para serlo despues en la gloria. Amen.

2. Lo segundo, se descubre mas la alteza de la divina caridad en habernos amado tanto, que para nuestro remedio levantó un hombre de nuestra naturaleza á ser Hijo de Dios, no adoptivo, sino el mismo Hijo de Dios natural por la union de la encarnacion: de modo, que un hombre sea real y verdadero Hijo de Dios, igual con el eterno Padre, y un Dios con él. Y aquí subió tan alto la caridad de Dios, que no pudo subir mas, por lo cual dijo el mismo Cristo nuestro Señor: *Así amó Dios al mundo, que le dió á su Hijo unigénito* (2). Y san Juan Evangelista dijo: *En esto se descubrió la caridad de Dios para con nosotros, en que envió su Hijo unigénito al mundo, para que vivamos por él* (3). Y con este Hombre celestial trabó Dios la mas excelente amistad que puede haber, despues de la amistad infinita que hay entre las tres divinas Personas, porque como esta se funda en unidad de esencia, así esa otra se funda en unidad de una misma persona igual al mismo Dios, y en ella estriba la firmeza y se-

(1) Joan. iii, 1. — (2) Joan. iii, 16. — (3) I Joan. iv, 9.

guridad de la que tiene Dios con nosotros, el cual nos ama por Cristo su Hijo, y dándonos á su Hijo, nos dió con él todas las cosas (1). Ó alteza de la bondad y caridad de Dios, cuán incomprensibles son sus obras, y cuán investigables sus caminos! ¡Oh amor inefable, que para trabar amistad perfecta con el hombre, le subes á la igualdad de Dios! Ó Amador altísimo, ¿qué gracias te daré por tan altas y soberanas obras de amor, y cómo te podré alabar dignamente por ellas? Alábetete, Señor, tu misma caridad, y bendigante las obras que de ella proceden, y sobre todo glorifiquete tu mismo Hijo, Dios y hombre verdadero, en quien todos somos amados con tan alta y soberana caridad. Mira el rostro de este tu querido amigo antiguo y nuevo, antiguo en cuanto Dios, y nuevo en cuanto hombre, y por él te suplico me hagas amigo tuyo, renovándome conforme á la imágen de este nuevo Hombre, para que viva por él, y por su medio alcance la vida eterna. Amen.

—De esta consideracion se dijo en la meditacion II de la parte II.—
3. Tambien se puede ponderar la alteza de la divina caridad en el misterio de la Eucaristía, en que el mismo Cristo, Dios y hombre verdadero, cubierto con especies de pan y vino, entra dentro de nosotros para conservar esta caridad, y aumentarla en nosotros, y unirnos mas cordialmente consigo mismo, como se ha ponderado en la parte IV, y adelante se dirá mas.—Últimamente, ponderaré la alteza de la divina caridad por la alteza del infinito don que nos da, dándonos al Espíritu Santo, que es fuente del amor, como se verá en la meditacion siguiente. De todo esto he de sacar un deseo generoso de imitar la alteza de la divina caridad, en amarle de tal manera, que siempre en su servicio pretenda cosas altas y grandiosas, alta intencion de su mayor gloria, alta oracion y contemplacion de sus misterios, y alta imitacion de las virtudes, cumpliendo aquello que dice san Pablo: *Por esto hago oracion á Dios pidiéndole que vuestra caridad crezca mas y mas con toda ciencia y conocimiento espiritual, para que aproveis las cosas mejores, y seais sinceros, y sin ofensa llenos del fruto de la justicia, por Jesucristo, para gloria y alabanza de Dios* (2). Amen.

PUNTO CUARTO.—*De la profundidad del amor de Dios.*—1. La cuarta excelencia de la caridad de Dios es su profundidad, la cual se descubre,—lo primero en las humillaciones profundas de Dios por amor de los hombres, porque siendo el Verbo divino igual á su eterno Padre, *exinanivit semetipsum, apocóse y menoscabóse á si mismo*, to-

(1) Rom. viii, 32. — (2) Philip. i, 9.

mando forma de siervo, y humillóse, haciéndose obediente hasta la muerte, y muerte de cruz (1); porque como la perfecta amistad desea igualdad con sus amigos, como Dios se vió tan alto, quiso bajarse y vestirse de la misma naturaleza que ellos (2): *In similitudinem hominum factus, et habitu inventus ut homo*, haciéndose á semejanza de los hombres, y viviendo con ellos hermanablemente como hombre, asemejándose en todas las cosas á sus hermanos (3). Y demás de esto, como la perfecta caridad no solamente se muestra en hacer bien á su amigo, sino tambien en padecer por él trabajos; porque no hay mayor caridad que dar la vida por sus amigos (4), quiso la infinita caridad de Dios dar tambien estas muestras de amor; y como no podia padecer ni morir en su propia naturaleza divina, tomó la naturaleza humana, y en ella padeció gravísimos trabajos y desprecios, y muerte cruel por sus amigos: y ¿qué digo por sus amigos? padecióla por sus enemigos, para convertirlos en amigos, y por los que le aborrecian, para hacer que la amasen (5). ¡Oh abismo inmenso de la caridad de Dios! ¡Oh caridad alta y profunda, que levantaste al hombre á lo mas alto de Dios, y humillaste á Dios á lo mas profundo del hombre (6)! ¡Oh caridad paciente y benigna, que no contenta con hacernos bien, con grande benignidad quisiste padecer mucho por nosotros con grande paciencia! Ó Amado de mi alma, muestra conmigo esta caridad, dándome otra tal, que me incline á humillarme hasta el profundo de mi nada, y me aliente á padecer hasta morir por tu gloria. Esta misma ponderacion puedo tambien hacer en el misterio de la Eucaristía, donde se descubre la profundidad de la caridad de Dios, inventando medios de tan profunda humildad, para honrar y regalar á los amigos que le aman con verdadera caridad (como se dijo en el lugar citado).

2. Tambien se descubre la profundidad de esta caridad de Dios en el abismo de los secretos juicios de su divina sabiduría (7), en razon de hacer bien á sus amigos, á los cuales todas las cosas convierte en bien, las tribulaciones, aflicciones, tentaciones y miserias, así propias como ajenas, y hasta los mismos defectos y faltas en que caen por flaqueza se les convierte en bien, tomando de ellos ocasion para mas arraigarlos y perfeccionarlos en el amor. De suerte, que con profundidad incomprensible resplandece la caridad de Dios en todas las obras de justicia y venganza que hace en los malos, para provecho de los buenos, y en los buenos para hacerlos

(1) Philip. II, 7. — (2) Philip. II, 8. — (3) Hebr. II, 17. — (4) Joan. XV, 13.
 (5) Rom. V, 8. — (6) I Cor. XIII, 4. — (7) Rom. VIII, 28.

mejores, inventando mil medios y caminos muy ocultos, nacidos del abismo de la eterna predestinacion, para salvacion de los predestinados.

3. *Perfeccion de nuestra caridad.*—Estas son las cuatro excelencias de la infinita caridad de Dios, las cuales podré conocer y sentir, no tanto con largas meditaciones, cuanto con intensos actos de caridad, echando hondas raíces en ella, siguiendo el aviso que nos da el Apóstol aquí, cuando dice (1): Fundaos y arraigaos en la caridad, para que podais conocer por excelencia las propiedades y excelencias de la infinita caridad de Dios, y por ella vengais á comprender y abarcar una caridad larga en la duracion que dure hasta la vida eterna; ancha en la extension, que abrace todas las obras de amor, y todas las personas que pueden ser amadas; alta en la intencion y pretension, que no se abaje á cosas terrenas, sino que suba con el deseo á las celestiales; y profunda en la humillacion, sufriendo todos los trabajos y desprecios que os vinieren, por ser fieles á vuestro Amado. Ó Amado de mi corazon, dame una caridad semejante en estas cuatro cosas á la tuya, para que amándote con tal espíritu en esta vida, llegue á gozarte y amarte sin fin en la otra. Amen.

MEDITACION XI.

DEL DESEO QUE CRISTO NUESTRO SEÑOR TIENE DE SER AMADO DE LOS HOMBRES, DEL PRECEPTO QUE DE ESTO PONE, Y DE LAS AYUDAS Y PREMIOS QUE OFRECE.

—Aunque segun la sentencia de santo Tomás (2), es mas propio de la caridad amar, que ser amada; con todo eso la infinita caridad de Dios no se contenta con amarnos, sino desea sumamente ser amada de nosotros, no por su interese, sino por el nuestro; y por esta causa, como se ha dicho, nos gana por la mano en el amor para provocarnos á que le amemos, porque el amar es gran motivo para ser amado. Este deseo, y la grandeza y eficacia de él, se descubre en algunas cosas que pondremos en los puntos siguientes.—

PUNTO PRIMERO.—*Del precepto del amor.*—1. Lo primero, se ha de considerar como Dios nuestro Señor, deseando ser amado de los hombres, les puso precepto de ello (3) mandándoles que le amasen

(1) Ephes. III, 17. — (2) 2, 2, q. 27, art. 1. — (3) Deut. VI, 5; D. Thom. 2, 2, q. 24, art. 5; q. 44; D. Bern. lib. de dilig. Deo.